

Juan Rubio, autor de «En memoria mía»:

«Los curas de hoy deben cultivar un profundo amor por los pobres»

José Luis Palacios

Juan Rubio, sacerdote y periodista, dirige la revista de información general y religiosa Vida Nueva. Ha publicado «En memoria mía», un libro protagonizado por un viejo sacerdote ficticio que repasa su vida a la luz de lo ocurrido en la Iglesia desde el Concilio Vaticano II hasta hoy, mediante reflexiones personales.

—¿Cómo se le ocurrió escribir las memorias de un viejo cura?

—Un compañero de Madrid me invitó a dar una charla titulada «¿Qué hicimos los que hicimos el Vaticano II para que nos hagan creer que somos fracasados?». Preparé una conferencia en la que repasaba los aspectos fundamentales de la vida de la Iglesia en los últimos 50 años. Me di cuenta de que había dos posturas: la de quienes creen que el concilio hay que aplicarlo y la de quienes creen que hay que interpretarlo. A partir de ahí recurrí a un sacerdote imaginario que hubiera recorrido estos 50 años, que tuviera esta trayectoria y que hubiera vivido los momentos de cambio de la Iglesia y de la Transición y que al filo de la jubilación, se siente un poco desencantado.

—¿Y cuál es la visión del protagonista de su libro?

—Concluye que no hay lugar para el desencanto. Aunque hay muchos datos para la desesperanza, hay razones para la esperanza. El sacerdote protagonista acaba diciendo «sigo amando a la Iglesia, sigo creyendo en la Iglesia



y sigo creyendo que la Iglesia tiene hoy una misión en el mundo». En ese personaje confluyen muchas biografías de curas que me he encontrado en mi vida y que representan la sinfonía que es hoy la Iglesia española. El personaje se llama Mario, en referencia a «Cinco horas con Mario». En este libro, Delibes escribió un capítulo en el que representaba las dos Españas, la

del muerto, más progresista y la de la señora, más tradicional.

—¿Cómo ha sido acogido el libro en esta Iglesia nuestra?

—La primera reacción de todos es de asombro. La mayoría de las críticas han sido elogiosas, pero hay alguna mala por incidir en la expresión «invierno eclesial», que es de Karl Rhan-

ner. No digo que estemos en un cementerio, además, el invierno es bueno de vez en cuando. Otra cosa es si, como este, se está haciendo muy largo. Pero en todo invierno siempre hay un brote de primavera, como en Sevilla, en el mes de febrero. En los profundos inviernos también hay razones de primavera, al igual que en el estercolero a veces florecen margaritas. He visto curas en los coloquios del libro que me han dicho que han llorado al reconocerse en algunas páginas.

—¿Son muy diferentes los curas de hoy a los de antes?

—Los curas de hoy no tienen por qué ser como los del concilio. Son los curas del siglo XXI. Los curas del concilio superaron una larga postguerra e hicieron un ejercicio de cambio mental y existencial profundo. La Iglesia reunida en concilio les dijo que el camino era otro y tomaron el camino que les marcaron. Después de ese esfuerzo, ahora les dicen, sobre todo quienes perdieron el concilio, que quizás nos equivocamos. Claro, a gente de 70 años les entra una profunda depresión que les lleva al desencanto. Esa es la diferencia entre los curas de antes y los de ahora. Los de antes quizás miraban más a la cara de la gente y los de ahora miran más qué ropa se van a poner para salir a misa; los de antes miraban más el cómo entrar en diálogo con la cultura y los de ahora, cómo dominar la cultura, los de antes preferían mancharse de barro en los grandes problemas existenciales del sacerdote, como el celibato, la soledad, la pobreza...

«Los curas de antes quizás miraban más a la cara de la gente, miraban cómo entrar en diálogo con la cultura... preferían mancharse de barro en los grandes problemas existenciales del sacerdote»



—¿Cómo valora la experiencia de los curas obreros?, ¿sería hoy posible una experiencia similar?

—Fue un momento muy profético, necesario y oportuno en la Iglesia, después de que la Iglesia hubiera perdido a los obreros. Fue una opción de mérito, como muchos curas rurales que han hecho la opción por los municipios pequeños de España. Hoy el ministerio da suficiente trabajo como para estar en él y tener sensibilidad por los obreros, profesionales o gente que se gana el pan con el sudor de su frente. Hoy el sacerdote tiene suficientes medios para conocer el mundo obrero, vienen de familias obreras y no entran de pequeños en el seminario, muchos han sido obreros antes. Hoy el testimonio en el mundo obrero tiene que ser distinto, pero en

aquel momento fue muy importante. Esto no quiere decir que si mañana surge un sacerdote que en sus horas libres desea ir a un ámbito profesional, lo pueda hacer. Yo lo he hecho con el periodismo y cuando me decían que tenía que decidirme entre el ministerio o el periodismo, siempre respondía que conocía curas que llevaban una cadena de hoteles, que llevaban una caja de ahorros. La ley del embudo en la Iglesia siempre ha sido muy perjudicial.

—Ahora que termina la celebración del Año Sacerdotal, ¿cómo cree que deberían ser los curas de hoy?

—Primero, el cura tiene que ser hombre, no desprecio a la mujer, me refiero a que tienen que tener una formación afectiva profunda e integral, nos evitaríamos muchos escándalos. Segundo, tener la cabeza muy bien amueblada para poder entrar en diálogo con la gente que se encuentre y recibir sus mensajes. No tiene que ser un erudito. Los curas siempre hemos estado entre los «manzanitos», que sólo se sabían el segundo evangelio, o los miembros de la Real Academia que eran curas. Han de ser gente bien informada, capaces de mantener una conversación con el compañero de claustro o con el médico del pueblo, capaces de dar razón de su fe. Tercero, hombres que cultiven la oración y el encuentro con el Señor. Eso es la experiencia de Dios y sin eso, no son nada. Pero hay una cuarta característica sin la que las demás, no valen para nada, que es un profundo amor por los pobres, la caridad pastoral. Si uno no tiene la pasión por los pobres, si no está atento a las nuevas pobrezas, todo lo demás es vacío. Esto es el termómetro de si un cura está bien o mal.

—¿A qué se debe la falta de vocaciones?

—A la crisis de identidad del mundo. La falta de vocaciones no se debe al celibato, podría tener parte de cul-

«Hay muchas experiencias con las instituciones religiosas, que no es lo mismo que experiencia de Dios»

pa en algunos casos. Se debe a que no hay experiencia profunda de Dios, cuando se tenga esto habrá sacerdotes, y laicos adultos. Hay muchas experiencias con las instituciones religiosas, que no es lo mismo que experiencia de Dios.

—*En plena irrupción de los medios de comunicación de masas, la Iglesia fue muy crítica con ellos y les llegó a condenar. ¿Hemos superado la condena y hemos llegado a la comprensión de la función de los medios en la sociedad actual?*

—Hemos pasado de la condena, pero no hemos llegado a la comprensión. Cuando algo va mal, el mensajero es el culpable. Se ha caído en la tentación de querer controlar los medios. Decía Pablo VI que hay que amar profundamente al mundo, no como es, sino como quiere Dios que sea. No se ama a los medios, y ahí hay una posibilidad de predicar el evangelio. El día que eso pase, respetaremos a los medios, estaremos en la plaza pública y diremos nuestra Verdad y seremos testimonio. Es complicado porque efectivamente hay una gran ignorancia a niveles generales. Se puede ser un profesional cristiano como la copa de un pino, pero si el jefe no es receptivo, de nada sirve. Hacen falta muchas horas, muchos cafés con los periodistas que también son hijos de Dios, no son el demonio, no son gentes malas. Hay que quererlos y también evangelizarlos.

—*¿Cree que hay que apostar por grandes medios de comunicación de signo católico?*

—No hay por qué tener medios fuertes. Cuando se tiene una radio sólo católica, la gente no la enciende casi nunca. Es mejor utilizar las grandes redes para estar presentes de una manera significativa, sabiendo que uno aporta pero también recibe. Las grandes redes de comunicación, sorteando los grandes lobbies, dejan margen. Con un proyecto serio, que no se limite al catecismo, es fácil entrar en diálogo. La comunicación es cultura y ahí se propicia el diálogo. No hace falta un gran medio, sino estar difuminados para poder decir nuestra verdad. Se están empeñando en su proyecto global de comunica-



ción, que es más de lo mismo.

—*En España la guerra mediática es muy dura, ¿podrá la Iglesia tener una presencia significativa que le permita llevar el Evangelio a todos?*

—Hay mucho recelo entre la Iglesia y los medios. Algunos creen que hay que construir un proyecto al margen de la Iglesia y otros, un medio sólo de la Iglesia. O nos juntamos todos los que mira-

mos al bien común de la persona, como decía Pablo VI, en una mesa o el ciudadano español se seguirá matando. Vamos a poner en pie los grandes valores que defiende el Evangelio, sin entreguismo, en diálogo, construyendo más allá de las trincheras.

—*Por último, ¿cree acertada la postura del Vaticano ante los casos de pederastia y razonable el modo en que se está hablando de ello en los grandes medios?*

—Los silencios de los obispos han sido graves, pero hay unanimidad en reconocer que el Papa ha sido valiente y que la Iglesia tiene que recuperarse con mucha verdad y con mucha justicia. Hay que ser justos con las víctimas, evitar más latrocinios y mirar hacia delante. La Iglesia en general está actuando prudentemente. Si hecho en falta, un mensaje común.

«El País» ha dedicado dos páginas a las denuncias y una columnita en página par a las palabras del Papa. Hay medios que son agresivos hacia todo lo que representa la Iglesia y cuando se les da ocasión, ahí entran. Los medios católicos deberíamos ser más constructivos, no estar a la defensiva, y lograr que no se den estos casos. Los casos que se denuncian son de hace muchos años, en los que no estaban tan claras las posturas como ahora. Hay obispos que han denunciado los casos de pederastia inmediatamente a la Justicia y eso no sale. Delincuentes hay en todos los sitios y en general las denuncias están llevándose oportunamente. Esto va a servir para purificar y mucho la propia vida de la Iglesia. Me decían que en Roma hay quien lo está viviendo como si fuera la reforma de Lutero. No es para tanto, pero al menos, vamos a conseguir que los que delinquen se estén quietos, gracias a la comunicación, y que la Iglesia sepa que estamos en el mundo y que hay que llevar a los delincuentes ante los tribunales. ■